

Los acuerdos de Kierkegaard y Hegel sobre la demostración de la existencia de Dios

Magdiel Martinez Gomez

PUCRS

Introducción

Con frecuencia, los seres humanos se entusiasman con la pretensión y el hecho de poder demostrar, pero, ¿quién investigará los problemas y las condiciones previas antes de comenzar la demostración?, ¿quién se cuidará de hacer cosas que todavía no se han reflexionado a sí mismas? Tanto Hegel, como Kierkegaard, pienso yo, abordan esos tipos de inquietudes sobre el *factum* demostrativo. El pensador alemán lo hace cuando confecciona la introducción previa al primer capítulo de la “Objetividad” en la *Ciencia de la lógica*¹. Kierkegaard lo hace en el capítulo III, “La paradoja absoluta”, de *Migajas filosóficas*². Así pues, en lo que sigue desglosaré los análisis de ambos pensadores, con el fin de apreciar entre ellos alguna afinidad que los confrontamientos habituales hacen desaparecer. Para que al final sean sus ideas sobre el *factum* demostrativo el motivo que los congrege en el mismo templo.

¹ Título y publicación original: *Wissenschaft der Logik*, 1812-1816. Se usará la versión en castellano de la editorial Abada Editores traducida por Félix Duque y se recomienda revisar la traducción reciente de la obra al portugués por Christian G. Iber y Federico Orsini (2018).

² Título y publicación original: *Philosophiske Smuler eller. En Smule Philosophi*, 1844. Se usará la edición en castellano de la Editorial Trotta traducida por Rafael Larrañeta.

I. Para demostrar que Dios existe, Dios existe.

Entrando en materia, el análisis de Kierkegaard se centra en una encrucijada que nos recordaría las clásicas aporías del parmenidiano Zenon, del sofista Gorgias y del Platón socrático. Dice Kierkegaard (2004):

Si Dios no existe, entonces es imposible demostrarlo, pero si existe, entonces es una locura querer demostrarlo, pues en el momento en que comienzo la demostración, lo he supuesto no como algo dudoso -eso es lo que una suposición no puede ser, ya que es suposición-, sino como algo establecido, porque en caso contrario no hubiera comenzado, ya que se entiende fácilmente que todo esto se haría imposible si Dios no existiera. (p. 57).

De principio, la *suma summarum* de la encrucijada consiste en negar el paso lógico de la no-existencia a la existencia en la demostración y, por tanto, en negar el "avance novedoso" de los resultados. Como lógicamente nunca ocurre el "salto" de una cosa que realmente no sea similar a otra cosa similar, o de lo inconexo a la serie consecutiva, entonces, en la demostración como tal nunca hay un problema o nunca nada está en duda. No hay cómo sugerir que el pensamiento tiene poderes hechiceros que conjuran la certeza de la incerteza. Por lo cual, ni en las demostraciones del sublime Descartes, como lo llama Hegel, se tomó como punto de partida la voz del "genio maligno", del engañador, ni Anselmo partió de lo que dice el necio en su corazón: "Dios no existe". Si Dios no existe, solo a la carencia del "buen sentido" se le ocurría demostrarlo. Si existe, es una locura pretender un "avance novedoso" con los argumentos demostrativos, como si el problema no se resolviera con la solución en la mano. Antes de la solución el problema no tiene conclusión y después de la solución el problema no vuelve a ser tan problemático. Tanto es imposible demostrar la existencia de Dios si no existe, como es igualmente imposible demostrar si él existe. En otras palabras, es imposible demostrar si no hay solución e igualmente imposible demostrar si la hay.

En este punto, alguien pensaría que la cuestión no se trata solo de blanco o de negro, sino también de grises. Se recomendaría la posición intermedia del escéptico, por considerar que su escepticismo satisface los criterios de la demostración que pretende calmar las angustias de la duda. Pero, así y todo, las herramientas del escéptico, tales como el "no sé" o el "vamos a ver", son incongruentes con la esencia del *factum* demostrativo. Primero, nadie demuestra si no sabe. Segundo, si el escéptico es animado por el "vamos a ver", entonces

hay tantos peligros en esa frase de suspenso que la conclusión está en riesgo de extraviarse y, añádase, el final pronto de quedar en “mucho para nada”. De manera que el escéptico no podría decir con seriedad y rigor que hará una demostración, porque su procedimiento es pura contingencia y desconoce las pautas del camino. Por tanto, ya sea que Dios no exista, como si él existe; ya sea si no se sabe aún, como si se espera a saber, todos, indistintamente, no pueden demostrar en el sentido de querer hacerlo desde la abstinencia, porque la fuerza de una conclusión exige que el primer paso sea firme y sin oscilaciones. Nadie demuestra como si lo demostrado apareciera desde la nada. Según Kierkegaard, nadie tiene ese mérito. Lo que se demuestra de alguna forma ya está demostrado, solo así se podrá comenzar y solo así podrá explicarse la fuerza arrolladora de la conclusión. Lo mismo ocurre con las preguntas que explican algo antes de explicarse. Si la pregunta no sabe lo que pregunta, entonces está próxima de lo enigmático y de la profundidad infinita de su preguntar. Lo dicho tampoco debe hacernos pensar que la idea de Kierkegaard es negar el oficio demostrativo. Su crítica solo dice que los osados en demostrar y “quien se dedica a hacerlo no ha de esperar notoriedad ninguna” (*Ibidem*, p. 57). Más adelante, veremos más clara la posición de Kierkegaard respecto al hacer demostrativo con su elogio a la prueba teleológica socrática.

Por lo pronto, será momento de comenzar a notar que los anteriores pensamientos de Kierkegaard, están en consonancia con la crítica de Hegel a los detractores de la prueba ontológica de la existencia Dios o, en un sentido más hegeliano, del Concepto. Básicamente, en las siguientes declaraciones, Hegel se mostrará preocupado por el absurdo que resultaría si los detractores deslegitimaran la conclusión de la demostración. Hegel (2015) dice:

En igual medida, es notorio que el más sublime pensamiento de Descartes: que el Dios es aquello cuyo concepto incluye dentro de sí su ser, ha sido luego rebajado a la mala forma del silogismo formal, a saber, a la forma de aquel argumento, y sometido finalmente a la crítica de la razón y al pensamiento de que la existencia no se deja extraer del concepto. (p. 259).

De forma peyorativa y despreciativa, Hegel califica el hecho de haber “rebajado”, esto es, disminuido, la demostración ontológica de la existencia de Dios o del Concepto a la “mala forma” del silogismo formal y a la insaciable crítica de la razón. Con estas “disminuciones” y “malas formas” la demostración de la existencia en cuestión no quedaría plenamente demostrada y habría fallado. Pero es justamente eso el asunto que le preocupa a Hegel. Si la demostración falla,

inmediatamente quedaría sin cumplir su misión, como si tuviera la responsabilidad de un “cierto saber” antes de la conclusión. A la demostración la atraviesa el *fatum* de un destino que no puede desconocer o saber apenas hasta ayer. De modo que, puesta en una demostración, la existencia del Concepto no quedaría sino demostrada. Un paso más y resulta que la demostración no puede fallar porque de antemano sabe lo que va a saber. No hay espacio para extraviar la idea o para comenzar a saberla con el débil tiempo de hace unas horas. El que demuestra, más bien, lo sabe todo antes de comenzar. La protección y ventaja de tal comienzo le permite apelar, a quien demuestra, contra la contingencia y el error. En el fondo, la preocupación de Hegel pregunta: ¿cómo los detractores de la demostración introducen el error allí donde algo “*sabe que sabe*”? Sería el acabose *si ni* siquiera, al modo socrático, lo *que se sabe se sabe*.

En realidad, la demostración toma su fuerza demostrativa al suponer que el andamio de la prueba ya está demostrado. De forma contundente, la fuerza le viene de que la conclusión ya está en las premisas y el procedimiento es una repetición que evidencia el carácter imperecedero de la demostración. “*There is therefore no need to constitute or construct the structure of the given, only to reconstruct its inherent rationality*” (BRINKMANN, 2011, p. 235). Sin la garantía de que el problema está solucionado y de que los conocimientos verdaderos advienen por la experiencia adquirida, la demostración ontológica de la existencia sería mera contingencia y aleatoriedad incapaz de comenzar la demostración. No basta tener la solución o la conclusión reservadas hasta el final, sino que deben estar en un continuo retroceso y regresión para tampoco extraviar las premisas en la aventura epistemológica del escéptico. ¿De dónde más nacería la certeza? Por algo Hegel entiende que el saber absoluto, el único saber cierto de la consciencia, toma su fuerza del recuerdo y del paso de las generaciones; es decir, de lo imborrable y de la experiencia ganada. Solo con “la demostración demostrada”; es decir, con la regresión y luego con la repetición de la conclusión, la demostración de la existencia del Concepto puede comenzar y los detractores, como insinúa Hegel, sentarse a esperar el seguro convencimiento, menos que la demostración falle.

Así, tenemos que el análisis de Kierkegaard acerca de la prueba ontológica de la existencia concuerda con las críticas y la posición de Hegel frente a los detractores de la prueba. Para ambos pensadores, la demostración de la existencia del Concepto comienza con su existencia. La empresa es viable solo por llevarse a cabo sin dudar y por vaciar el temor a errar. Únicamente la certeza y una absoluta certeza; es decir, una que se demuestra antes de demostrarse, puede impulsar hacia adelante. Toda demostración, por decirlo así, “comienza

antes de comenzar". Tal comienzo es la garantía de que la demostración no es la contingencia del que sabe "justo ahora" o "hace tres minutos". Aquí, como en la reminiscencia socrático-platónica, es vital "saber que se sabe"; es decir, saberlo eternamente, desde siempre y para siempre. No es por otra razón que para Kierkegaard la demostración está demostrada y la existencia de Dios se demuestra porque Dios existe. Por su parte, en la *Fenomenología*, Hegel avala la tesis de Kierkegaard cuando dice: "La substancia que sabe existe ahí antes que su forma o su figura conceptual" (2010, p. 909)³.

II La demostración no demuestra lo desconocido

Volviendo Kierkegaard, una vez ha sugerido que la demostración está demostrada y Dios existe con la sola "pretensión" de la demostración, él prosigue a colocar de forma más explícita las consecuencias de sus pensamientos. La consecuencia, aunque estrafalaria, es simple y sencilla como una consecuencia: la conclusión está en las premisas. Todas las proposiciones, que conformarían el tan importante "proceso" hasta la conclusión de la demostración, estarían realmente concluyendo. En palabras de Kierkegaard (2004):

Todo el proceso de la demostración se torna siempre en otra cosa, se convierte en un desarrollo ulterior de la conclusión de la cual infero que lo supuesto, aquello que estaba en cuestión, existe. Por tanto, no concluyo siempre en la existencia, sino que concluyo de la existencia en la que me muevo, sea en el mundo de lo palpable y sensible, sea en el mundo del pensamiento. (p. 53).

Todo el proceso, dice Kierkegaard, es el desarrollo ulterior o posterior, no hacia la conclusión, sino *de la conclusión*. Es de ella, de la conclusión, que el proceso es proceso y avanza hacia su meta. Si la meta se pierde de vista, el proceso no se deja ver y sería confuso saber en dónde uno está sin saber adónde uno se dirige. De día y de noche, el proceso deberá meditar en la conclusión si no quiere detenerse o zafarse del impulso hacia adelante. Por eso, las premisas que conforman el proceso de la demostración no pueden separarse de la conclusión, que es la meta del proceso. Siempre que se hable de desarrollo y proceso, el mecanismo es el siguiente: aunque la meta difícilmente se ve, hay que verla para

³ Título y publicación original: *Phänomenologie des Geistes*, 1807. Se usará la versión bilingüe (castellano, alemán) de la editorial Abada Editores (Universidad Autónoma de Madrid) traducida por Antonio Gómez Ramos.

llegar. En todo momento las premisas deben “ver” la conclusión y ser trozos de su cuerpo entero. Muy bien si la conclusión aparece hasta el final, como de la nada, pero de ese modo el asunto sería tema de azar y no propio de una demostración. Por ese camino la demostración hubiera podido fallar y, según Hegel, la demostración solo puede demostrar. Así que, para respetar las condiciones de un proceso y de un resultado sin contingencia, en la prueba ontológica las conclusiones deben estar en las premisas y en ellas reproducirse. Bien lo puntualiza Kierkegaard, ni las premisas ni las conclusiones de la prueba ontológica van a parar en la existencia de Dios, como si antes Dios no hubiera existido y el reino del azar diera la estocada final. Al contrario, se comienza y se concluye porque Dios existe.

De forma contundente, Kierkegaard quiere decirnos que la lógica en general y específicamente en su quehacer demostrativo *no da saltos*. Es verdad que frecuentemente nos colocamos el velo o simulamos de que “Dios no existe”, sino hasta la conclusión de la prueba ontológica y nunca antes. “Como si” se tratara de una noche erótica o de un vibrante show de magia, casi todos tendemos a quitar la vista de lo que ya está preparado y a fijarla solo en el final. En tales circunstancias acordamos que el reino de la incertidumbre haga su voluntad. Hasta el punto de que ni el más despierto podría rumorar: “siento que así Dios va a existir”, porque tal parece que a ciencia cierta nadie sabe muy bien lo que pasará, pero al final todo se sabrá. Sin embargo, tan solo se necesita correr el velo y mantener los ojos bien abiertos, para saber que la conclusión de la demostración no arriesga nada, ni coloca nada a la venta. A la prueba ontológica le quedaría bien lo que dijo Cristo: no colar el mosquito para tragarse el camello. Según Kierkegaard, tragarse el camello en la demostración o en la prueba de la existencia de Dios, significa no advertir que la monstruosa y sublime certeza de la demostración no puede nacer de un peligroso mar de dudas, ni de la no existencia de Dios. De las dudas puede que no provenga certeza y si Dios no existe, ¿cómo venir a demostrar con tanta certeza? Lo mejor sería reconocer con Kierkegaard que la conclusión se reproduce en las premisas. Si bien, el “buen sentido” esperaría tener la certeza demostrativa de las cosas desconocidas, del “nuevo mundo”, sucede que únicamente se demuestra lo conocido y que la fuerza enorme de la demostración radica en la certeza de lo cognoscible. Incluso, la demostración demuestra que en el fantástico “punto cero”, cuando se adquirió el conocimiento demostrativo, nada se desconocía. En sentido estrictísimo, la demostración no admite que en algún punto no haya sido demostrable, pues si no lo era, ¿cómo demostrar diciendo que no era demostrable? Así es cómo en *Migajas* Kierkegaard nos lleva en todo momento a la encrucijada de la

reminiscencia socrático-platónica. En expresión popular, a la cuestión de “vivir es recordar”.

Por el lado de Hegel, pienso que estaría de acuerdo con Kierkegaard en lo referente a la “demostración demostrada”. A modo de confesión, (como si quisiera resolver el asunto de una vez por todas) Hegel nos dirá que a la demostración le es imposible tener certeza de la existencia del Concepto o de Dios si el Concepto parte de algo que desconoce; es decir, si parte de “la pura carne sensible”. Dice Hegel (2010):

Insuperable viene a ser empero. de todos modos. la dificultad de encontrar el ser dentro del concepto en general y. en esa medida. dentro del concepto de Dios, cuando el ser deba ser tal que haya de venir a darse dentro del contexto de la experiencia externa, o dentro de la forma de la percepción sensible (...); o sea. sólo como una cosa aferrada con la mano, no concebida con el espíritu. esencialmente una cosa visible al ojo externo, no al interno (...) Cuando un filosofar no se eleva, en el caso del ser, por encima de los sentidos, a ello se asocia entonces el hecho de que, tampoco en el caso del concepto se abandona el pensamiento meramente abstracto, enfrentando éste al ser. (p. 261).

Insuperable, dice Hegel, se hace sacar “carne sensible” de Dios para demostrar su existencia, siendo que Dios desconoce lo que se aferra con la mano y lo que se ve hacia afuera. Así, parece que por primera vez la mediación hegeliana, que en un sentido quiere decir superar, no puede echarse esta vez el mundo a sus espaldas. Parece que el sistema más flexible de todos, justo cuando está ante lo desconocido, ahora reconoce algo no- superable en lo insuperable. De suerte que lo mejor sería callarse de lo que uno “no sabe que sabe”.

Como vimos, Hegel está enterado de que las demostraciones sobre la existencia de Dios o del Concepto van en caída libre y pierden su fuerza. El silogismo formal y la impiadosa crítica de la razón quieren que del Concepto o de Dios emane “carne sensible” en la conclusión; o, más aún, quieren que Dios aparezca con clavos en las manos al final de la demostración para validarla. No obstante, según Hegel, la existencia o *el ser ahí*, entendido como pura carne sensible, no se deja extraer del concepto o no se encuentra adentro suyo por el *enfrentamiento* que tiene con lo conceptual. “*What he does deny is the existence of a purely non-conceptual sensible manifold*” (BRINKMANN, 2011, p. 236). Que el *ser ahí* y el Concepto se enfrenten a muerte, habla de una oscuridad que no permite arrojar luz sobre el opuesto y comprenderlo. En suma, que los enfrentados se desconocen, provocando el extrañamiento y la confusión típica de lo que parece

nunca haberse cruzado. Acto seguido: que así nada podrá demostrarse o conocerse.

En tal contexto y con el inminente peligro de quedar *sin nada*, Hegel decide, a mi parecer, resolver todos los problemas, no solo agregando más demostraciones, sino refiriéndose a lo que podríamos llamar “los principios del éxito y fracaso demostrativo” o simplemente “los principios de la demostración”. En tan decisivo momento, Hegel reflexiona que colocar en la demostración algo que la existencia del Concepto desconoce y, por extensión, que no esté *demostrado*, sería llevar la demostración a lo indemostrable y al *impasse* de lo insuperable. Apenas interrumpe lo desconocido y Dios no sabe cómo “verse” sin ideas, la demostración está destinada a fallar porque *no sabe lo que sabe*. Basta con que aparezca el “nuevo mundo” para que la lógica no sepa dónde está y no demuestre porque no lo conoce. Queda claro, pues, que la demostración es desde adentro. En detalle, que *de-mostrar* no es buscar lo que no se sabe dónde está. Luego, dado que nunca se mostraría lo que no se tiene, entonces no hubo momento en que no se tenía y así llegamos sucesivamente hasta Platón y Sócrates; es decir, hasta la eternidad. Poco a poco vemos que Hegel, junto con Kierkegaard, coló el mosquito sin tragarse el camello. Haciendo un viaje al origen, casi que buscando el punto antes del primer paso, Hegel se da cuenta que si la demostración *no sabe lo que va a saber* y no tiene resuelto los asuntos a tratar, sería mejor no inmiscuirse en el negocio de las demostraciones. Es una total equivocación que demostrar tenga las mismas sensaciones ingenuas de “la noche erótica” y “el show de magia”; a saber, sentir que por un momento el mundo dejará de girar y aparecerá la cosa más nueva de todas. Es un error por cuanto “*Thinking cannot just invent conceptual content*” (*Ibidem*, p. 240) y la demostración consiste en comenzar antes de comenzar. No consiste en comenzar a saber, sino en comenzar sabiendo.

Lo dicho por Hegel también explica la situación cotidiana de por qué hay muchos escépticos en medio de pruebas demostrativas. Sencillamente, si los escépticos desconocen o no entienden un elemento en la demostración todo será insuperable y no alcanzarán el poder demostrativo. De ningún modo significa que la prueba falle, solo se trata de que no puede convencer al escéptico o al agnóstico. La prueba no es un poder milagroso, ni es arma para cambiar el mundo. La prueba solo convence al que está convencido y parte del humilde ideal: *ex nihilo nihil fit* (de la nada, nada proviene). La misma lectura de Hegel lo vislumbra: “*this logical line is not understood by those using the categories in question (...) Only the logician sees them all, and the requirement of later by earlier ones*” (FINDLAY, 1974, p. 154). Así que la demostración no *parte-desde* ni pretende *ser-para* el escéptico. En lugar de ello, Hegel afirma con la voz de la *Fenomenología*:

que “este camino hasta la ciencia es él mismo ya *ciencia*” (HEGEL, 2010, p. 161). Luego, que nada comienza sin saberse.

Con las reflexiones de Hegel, se sigue, otra vez, que la demostración de la existencia de Dios no puede grabar en la mente su no existencia, pues la demostración se haría insuperable si desconociera su existencia. El Concepto debe “verse” existente en todo momento si quiere demostrar que existe. Todo se vuelve insuperable después de que la existencia de Dios no esté contenida en la demostración y en su paso a paso. La condición es mostrarse para *de-mostrarse*. Junto a Kierkegaard, Hegel diría: se demuestra porque Dios existe. Se sigue, por ende, que Dios no existe al final, sino que la conclusión de su existencia está antes de comenzar y en las premisas. Creo que Kierkegaard no está solo y que para Hegel también: “Todo el proceso de la demostración se torna siempre en otra cosa, se convierte en un desarrollo ulterior de la conclusión (...) Por tanto, no concluyo siempre en la existencia, sino que concluyo de la existencia en la que me muevo” (KIERKEGAARD, 2004, p. 52).

III La demostración de la demostración suscita dejarlo demostrado

De no ser suficiente lo dicho, el siguiente punto ayudará más. Para ello, veamos a Kierkegaard continuar su análisis de la prueba ontológica enfocándose en la histórica distinción de la demostración *a posteriori* y la demostración *a priori*. Lo *a priori* consiste en dejar demostrada la demostración por los siglos de los siglos o “de una vez para siempre”, partiendo de la eterna presencia de Dios en la idea. Entretanto, lo *a posteriori* consiste en la subsecuente demostración que debería hacer la demostración *a priori*, para ver la existencia de Dios en todos los rincones estrechos del mundo donde parece no existir. Básicamente, se pide que la demostración se siga demostrando, lo cual implica una “demostración de la demostración”. En lenguaje común, la demostración *a posteriori* busca demostrar las obras y los hechos de Dios que, *de forma impredecible*, esconden su rostro. Mientras que la demostración *a priori* demuestra con la elevación sublime de la idea. En palabras del propio Kierkegaard, la cuestión es como sigue:

Los hechos a partir de los cuales quiero demostrar su existencia no existen de inmediato ni mucho menos. ¿O acaso se halla ante nuestras narices la contemplación de la sabiduría en la naturaleza, la bondad o la sabiduría en la providencia? ¿No topamos aquí con las más terribles turbaciones y no resulta imposible permanecer tranquilo con todas esas turbaciones? A partir de este orden de cosas ciertamente no demostrare la existencia de Dios y, aunque

comenzara, jamás lo lograría y tendría que permanecer siempre *in suspenso*, porque de repente podría acaecer algo tan espantoso que echase a perder mi pequeña prueba. Por consiguiente, ¿a partir de qué hechos demuestro? De los hechos considerados idealmente, esto es: de los que no se manifiestan inmediatamente. Entonces no demuestro desde los hechos, sino que solo desarrollo la idealidad que había presupuesto; confiando en *ella* me arriesgo incluso a afrontar todas las objeciones aun aquellas que no han sido formuladas. (*Ibidem*, p. 55).

Con el citado pasaje, Kierkegaard vuelve a fijarle una encrucijada a la prueba ontológica. Esta vez la interrupción de una demostración *a posteriori*, necesaria para demostrar la existencia de Dios donde parece estar ausente, hace que la demostración ideal y *a priori* pase de nuevo a demostrar y a buscar otra conclusión. Todo porque la demostración ideal no demostraría con pureza la existencia de Dios en el mundo. El resultado es la nefasta contradicción de tener que hacer *la demostración de la demostración*. En otras palabras, que la demostración no demuestra porque vive un progreso infinito e interminable. Que pierde su fuerza en la voracidad de lo insaciable. Reiniciar y reiniciar vive la misma imperfección que volver a comenzar: no dar el primer paso. Al ver la situación, Kierkegaard se da cuenta que la única manera para demostrar es partir de que la demostración está demostrada y afrontar la crisis con esa seguridad. En palabras del danés, agarrarse a las pocas herramientas que arroja la demostración *a priori*. Con tan poco, dirigir el desarrollo ulterior con la conclusión para ganar el impulso que falta hacia adelante. Dicho que reiniciar la demostración equivale a no demostrar “del todo”, solo queda demostrar combatiendo las pequeñas y grandes dudas con la existencia de Dios. Ahora más que nunca es importante que la demostración comience con la certeza para demostrar, porque la demostración por sí misma no está demostrando. Lo que salva es demostrar porque Dios existe, pues la conclusión increíblemente está enredada. La demostración necesita demostrar sin haber terminado. A ella no le conviene “andar a la expectativa” de lo que todavía no ha llegado y está *por venir*. Un comienzo tan resolutivo es inevitable cuando todo está en peligro y *la demostración se demuestra dos veces: a posteriori y a priori*. Con la prueba corriendo de un lado al otro y en estado de suspenso, queda mantenerla por el impulso que no llega, pero que le ayuda a caminar.

En el caso de Hegel, pienso que hay un planteamiento similar al problema de Kierkegaard. Él también trabaja con la distinción histórica de la demostración *a priori* y la demostración *a posteriori*. En sus términos, la demostración *a priori* de la existencia de Dios tiene por objeto el Concepto puro. Se trata de no perder la

pureza en demostraciones posteriores que buscan la “aplicación” o las obras de Dios en los lugares donde lo divino no aparece tan puro y claro. No obstante, Hegel nos dirá que la demostración *a priori* no es lo suficientemente resplandeciente para demostrar la existencia de Dios. Por lo que sería fundamental y esencial una demostración *a posteriori* que busque esa *aplicación* y pueda manifestar la invisibilidad de Dios. Para dar un ejemplo, habría que pasar de los juicios y silogismos demostrativos de Anselmo, los cuales no se mezclan con el contenido infinito e indescriptible que se vierte en la palabra “mundo, a la demostración axiomática de Spinoza, que sí tiene la pretensión de llegar “hasta lo último de la tierra” y conquistar la totalidad de Dios. El cambio tiene por motivo que la demostración *a priori* no demuestra y la conclusión del Concepto puro requiere adicionales demostraciones. Todo lo cual, quiere decir, que Hegel también vive el dilema de “la demostración de la demostración”. Sin embargo, Hegel, de forma sorpresiva, nos tienta con la idea de que el Concepto puro demostraría la existencia de Dios a pesar de su conclusión incompleta y sin esperar más demostraciones. No hay duda que así volvemos al principio kierkegaardiano de la “demostración demostrada”. Veamos lo que dice Hegel (2015):

Ya incluso a propósito de la exposición del concepto puro se ha insinuado, además, que el mismo es el concepto absoluto, divino, de modo que, en verdad, no habría lugar aquí a la relación de aplicación, sino que aquel transcurso lógico sería la exposición inmediata de la autodeterminación de Dios a ser. (...) Que aquel concepto puro corra a través de las formas finitas del juicio y del silogismo se debe a que no está puesto aún como aunado, en y para sí (...) Así tampoco esta objetividad es todavía la existencia divina, ni es aún la realidad que brilla dentro de la idea. (p. 262).

Dicho lo anterior, salta a la vista que la demostración *a priori* hegeliana de la existencia de Dios no tiene el requisito necesario. Que es, según sus palabras, una objetividad pálida y sin brillo, por cuanto aún no es la existencia de lo divino, ni es todavía la realidad encendida. Las declaraciones hechas terminan claramente en lo insólito; a saber, en una demostración que todavía le hace falta demostrarse. Algo parecido a la eterna verdad socrática que “de la nada” se olvidó. Sin embargo, como vemos, Hegel nos “insinúa” que en la demostración *a priori* no habría lugar para las demostraciones aplicativas, pues ya sería, en sí misma, la autodeterminación de Dios a/en la existencia. En concreto, que Dios existe, pese a, -y hágase bien el énfasis- *pese a* tener en mente que a la existencia de Dios le hace falta demostrarse todavía más.

Creo que, en este punto, Hegel llega a darse cuenta del problema para “demostrar”. Si fuera por los “casos de la vida”, por las innumerables e indescriptibles cosas que encierra la palabra “mundo” y por demás fenómenos de la “multiplicidad”, nunca terminaríamos la demostración. Rotundamente, no podríamos demostrar nada por andar demostrando lo demostrado y siempre necesitar más. Para sortear la dificultad, Hegel especula que es importante comenzar con “la demostración demostrada”, así haya demostraciones por delante que esperan a ser ejecutadas. En efecto, si hay pretensión por demostrar, pero la demostración entra en el juego de la *mala infinitud* que no termina, la demostración debe aferrarse a la existencia de su objeto y a la *certeza de sí* con el fin de no perder la conclusión. Naturalmente, visto que la demostración no es un proceso al azar y tampoco algo que resista extenderse hasta el suspenso infinito del escéptico, entonces con razón Hegel insinúa que todo el desarrollo ulterior de la demostración debe anteponer la conclusión. Luego, la conclusión está en las premisas.

La cuestión hegeliana no es otra: consiste en “saber que se sabe”, de modo que, si tuvieran lugar las demostraciones *a posteriori* o de aplicación, ya estuvieran demostradas. Intérpretes hegelianos, como Harris, también notan la cuestión y afirman que la naturaleza, es decir, lo *a posteriori*, sin tener que mostrarse explícitamente, está ya demostrada con la idea filosófica, con lo *a priori*: “*qua philosophy, the Naturphilosophie has this reconciliation already implicit in it, because it is philosophy*” (HARRIS, 1974, p. 146). En el momento que Hegel observa que el *factum* demostrativo tiende a evaporarse en el suspenso y en el silencio reservado del escéptico, que, en el mejor de los casos, *no dejaría de demostrar*, justo allí él considera que el transcurso de la demostración debe arrancar demostrada y estar concluida. Cuando nada es consistente, únicamente el impulso que da “comenzar antes de comenzar” o “saber que se sabe” puede llevar la demostración a tierra firme. Es conocido que, en el ojo del huracán, la conclusión de la certeza es lo que salva. De forma similar, en tiempos de tempestad, la empresa demostrativa de la existencia Dios lograría su acierto únicamente porque Dios existe. No por otra razón Hegel prefiere lo inmediato y lo ya “dado” que “esperar hasta el final”. La *Fenomenología* lo ha dicho: el camino hasta la ciencia es *ya ciencia* y “Ese movimiento es el ciclo que retorna hacia dentro de sí, que presupone su comienzo y sólo lo alcanza al final” (HEGEL, 2010, p. 911). En definitiva, todo se pronostica imposible de no aferrarnos a la reminiscencia socrático-platónica, la cual nos lleva a “saber que sabemos”. Dice Hegel:

Hay que decir, por esta razón, que nada es *sabido* que no esté en la experiencia, o, como también se expresa esto mismo, que no esté

presente como *verdad sentida*, como algo eterno *interiormente revelado*, como algo sagrado *creído*, o cualquier otra expresión que se use. (*Ibidem*)

Por tanto, parece que Kierkegaard y Hegel teorizan la misma salida cuando irrumpe el dilema de la “demostración de la demostración” o la tragedia de no acabar de demostrar demostrando dos veces, *a priori* y *a posteriori*. La salida es “saber que se sabe”. De modo que todas las demostraciones por hacer están demostradas, tanto las que todavía no comienzan, como las que no terminan de llenar la expectativa. Lo único que no es admisible es aplazar y prolongar el silencio hasta el final. Me arriesgo a decir que en las siguientes afirmaciones de Kierkegaard (2004), se incluyen las de Hegel:

Cuando se quiere demostrar la existencia de Dios (en sentido diverso al de ilustrar el concepto de Dios y sin la *reservatio finalis* que hemos expuesto: que la misma existencia surgida de la prueba aparece por un salto), este demuestra a falta de otra cosa algo que ni siquiera necesita prueba y que en todo caso nunca será mejor, ya que el necio afirma en su corazón: no existe Dios; pero quien dice en su corazón o dice a los hombres: «espera un poco que te lo demostraré», ¡cuán rara sabiduría posee!. (p. 56).

Aunque, *prima facie*, las declaraciones de Kierkegaard suenan muy radicales, al decir que la demostración “ni siquiera necesita prueba”, creo que Hegel no está muy lejos de insinuarlo. Él nos dijo que no habría necesidad de dar lugar a las demostraciones *a posteriori*, no solo si ya están demostradas *a priori*, sino también en caso tal de que lo *a priori* no sea todavía, con propiedad, la demostración. En últimas, *pese a* las demostraciones que quedarían por delante, todo consistiría en estar demostrado. Este nerviosismo tranquilo es justamente la tensión que debe vivir el espíritu cierto de sí mismo. A la larga, Hegel dejaría que el escéptico se fatigara con la espera infinita del futuro que no llega, en el famoso e interminable juego de demostrar *a priori* y *a posteriori*. Si por aquí no, por allá sí, diría el escéptico. Pero Hegel respondería: ¡cuán rara sabiduría posee!, si de buen corazón el escéptico quiere demostrar así.

IV Teleología: la demostración de Dios es con Dios realizándose

Llegando al final de su análisis, “Kierkegaard does attribute some importance to one “proof,” the teleological argument” (WHITTAKER, 1979, p. 129), de no haber

más remedio. Prueba que consiste en emplear herramientas o medios con el objetivo de plasmar a Dios en los lugares donde parece no manifestarse. Al emplear herramientas y medios, Dios no es solo la finalidad inactiva situada en el final, más bien, la naturaleza y el ser humano se encargan desde el comienzo de realizar, de hacer a Dios. Se trata de agarrar a Dios, no de esperarlo; de tejer la telaraña para que el objetivo no escape. Dios nunca existirá a menos que se efective en su realización y deje de estar en suspenso. Del mismo modo, Dios no existirá para nosotros si no lo efectivamos con el trabajo de nuestras manos; solo que, si lo hacemos, es por darlo existente. En expresión popular, la cuestión sería: “si lo quieres, hay que ir por ello”. Para todo, eventualmente, será importante “saber que se sabe”, pues Dios tampoco puede ser creado *ex nihilo* por el deseo humano, excesivamente humano. Al final, deberíamos esperar a que las demostraciones paren, porque la demostración está demostrada o, sencillamente, porque “Dios se realiza”. Sin más preámbulo, veamos lo que dice Kierkegaard sobre la prueba teleológica:

En la Antigüedad apenas se habrían ocupado de tal asunto. Sócrates al menos que —como se dice— formulo la prueba físico-teleológica para la existencia de Dios, no se comportaba así. El presupone siempre que Dios existe y con este presupuesto busca entretejer la naturaleza con la idea de intencionalidad. (*Ibidem*)

Según Kierkegaard, Sócrates empleo herramientas para tejer en la naturaleza la existencia de Dios. No se estancó en la engañosa espera silenciosa del final y con sus propias manos comenzó a articular en la naturaleza la existencia de Dios. Se dio cuenta que para demostrar y para no hacer de la conclusión final algo azaroso, había que trabajar desde el comienzo con la existencia para terminar en la existencia de forma absoluta. “*We don't first see the purpose and then find the God; we sustain the search for purposes through the belief in God*” (WHITTAKER, 1979, p. 129). No espero y puso manos a la obra. Todo lo que Sócrates pensaba, decía y actuaba tenía a Dios como existente. Su vida insuflaba y respiraba lo divino. En la vision de Whittaker: “*the believer "interpenetrates" his world with meaning, endeavoring to trace some signs of purpose beneath the ambiguous surface of things*” (*Ibidem*). La naturaleza entera también manifestaba la existencia de Dios y eso era posible porque el fin estaba tejido en la multiplicidad actual de los entes. No había cómo escapar. Todo tenía la meta desde el comienzo. Por consiguiente, todos realizaban a Dios a medida que recibían el impulso de la conclusión. El mérito de Sócrates fue descubrir que para dar con la existencia de Dios hay que realizarlo. Luego, el empleo de herramientas y los medios de trabajo son

indispensables para conseguir la existencia. A su vez, efectuar el trabajo quiere decir que Dios existe, pues nadie realizaría algo inexistente y fantasioso. Más exactamente, la demostración consiste en estar demostrada. O también, consiste en que la existencia de Dios surgirá para nosotros de la determinación para obrar *con* y *desde* su existencia.

Que la teleología sea considerada, por Kierkegaard, un modo coherente para resolver la demostración de la existencia de Dios, lejos de ser “rara sabiduría”, hace, a mi parecer, que también considere coherente a Hegel, quien termina en una teleología. De modo literal y crudo, a los capítulos del “Mecanismo” y “Quimismo”, en la *Doctrina del concepto*, les sigue el capítulo titulado “Teleología”. Los tres capítulos conforman la sección de la Objetividad, en la que tiene lugar la demostración *a posteriori* del Concepto puro. La teleología cierra con éxito la sección de la Objetividad y, con ello, la demostración *a posteriori* de la existencia de Dios. Vale decir que, en la instancia preliminar e introductoria a la Objetividad, Hegel nos dirá, casi con el modo socrático de Kierkegaard, la tesis principal de la teleología. En esencia, nos dirá que la meta o la finalidad no se espera con la indiferencia de cualquier resultado, sino que se realiza y se hace. Dice Hegel (2015):

En cuanto que el fin es el concepto, puesto como siendo en él un referirse a la objetividad y un asumir por sí mismo su falta, a saber, el hecho de ser subjetivo, por la realización del fin viene a ser entonces la finalidad, por lo pronto externa, interna, y a ser la idea. (p. 265).

Ya sea el Concepto, ya sea Dios, lo divino *en sí* tiene la meta de superar la falta de manifestación en los huecos más profundos. Salir de la transparencia y seguridad interior para inocular en lo que aparece extraño su pureza de corazón, es la meta o finalidad de lo divino. En términos técnicos, el asunto consiste en pasar de la subjetividad a la objetividad subjetiva. No obstante, esa finalidad *no es una cosa allá al final* que desinteresada atravesase un proceso de incertidumbre. En lugar de eso, desde el principio la demostración está interesada en el fin y lo realiza. Así lo sugiere la comparación de Findlay en términos fenomenológicos: “*we see conscious Subjectivity, not at all magisterial and demiurgic as in Kant, Fichte and Schelling, but humbly seeking to know itself*” (FINDLAY, 1974, p. 172). Significa que la existencia de Dios no aparece “de un salto” o “de la nada”, como si nos tomara de sorpresa después de que a medio camino todo estaba perdido. En absoluto. La existencia de lo divino no anda a la deriva de los peligros, ni su existencia es producto de la ilusoria noche erótica o del show de magia, en donde,

“nada por aquí”, “nada por allá”, y a la cuenta de tres todo está. Al contrario, todo funciona en el show de magia porque Dios es el trabajo de las manos. Detrás del velo no hay misterio y, en realidad, Dios existe con el esfuerzo del trabajo. El hacer y la labor no postergan a Dios, sino que lo muestran, lo demuestran ahí mismo en su hacer, antes de la conclusión. *“Hegel saw the real as a single continuous dialectical activity, at once absolute, eternally realized as a whole, and perpetually and continuously realizing itself as a process”* (HARRIS, 1974, p. 130).

En esto radica el poder del trabajo: tener la facultad de corporificar los frutos en todo el proceso, de modo que Dios exista en todo momento. Que el trabajo lo obtenga todo sin esperar, es el poder realizativo del trabajo. Eventualmente, en el proceso se requerirán herramientas y medios para entretejer en la naturaleza la existencia de Dios. Con el mundo moldeado y articulado para ejecutar la finalidad en cada respiro y movimiento, nada podrá escapar del tejido y la meta no se esperará inactivamente. Justo como Sócrates lo hizo. Él y Hegel entendieron que, cuando se trata de las cuestiones decisivas, nada caerá del cielo a menos que se trabaje. *“Hegel then argued that man’s ability to make tools can be considered as a kind of “cunning” or List: through this activity, he wrote, men compel nature to work for their own purposes”* (BIENENSTOCK, 1995, p. 61).

Además, entendieron que la suspensión del juicio y la espera aparecen inferiores en relación al poder del trabajo, pues este último obtiene en su hacer o, para decirlo de un modo más provocador, crea lo que quiere. En el caso de Hegel, *“According to him, too, knowledge has to be acquired through the hard work of empirical research and analysis”* (BIENENSTOCK, 1995, p. 68). En consecuencia, la demostración de la existencia de Dios consiste en estar demostrada, pues a cada momento Dios se realiza y, por tanto, Dios es realidad efectiva. Ni dudas, ni ambigüedades, porque de la tierra labrada y trabajada se recoge.

Vemos, entonces, que en la concepción de la demostración teleológica Kierkegaard y Hegel también estrechan lazos. Kierkegaard la considera uno de los mecanismos coherentes para todo aquel que quiere demostrar, pues se basa en no esperar la meta por medio de la actividad y el hacer. Todos los seres de la naturaleza se comprometen con la finalidad, la graban en sus corazones y la ejecutan hasta en el respirar. En pocas palabras, la naturaleza está entretejida con el propósito. Por ese camino también va Hegel cuando nos habla de teleología. Para él, la finalidad se realiza, no se deja en suspenso ni en espera. En efecto, no es sino el trabajo y sus herramientas lo que vuelve realizable todo desde el arado de la tierra; es decir, desde el comienzo. Por eso la realización del fin es la

finalidad o “Dios existe antes de existir”. En definitiva, con la teleología la demostración consiste en estar demostrada.

Así, hemos llegado a terminar los tratamientos de Hegel y Kierkegaard sobre la existencia de Dios. En el proceso hemos encontrado semejanzas y coincidencias que contribuyen a menguar un poco el acostumbrado enfrentamiento que suscitan entre sí ambos pensadores. Para concluir, me gustaría hacerlo con la siguiente defensa y justificación, prácticamente elogio, que le hace Kierkegaard a Sócrates por tener demostrada la demostración en su prueba teleológica. En ese sentido, también un elogio implícito a Hegel, pensaría yo, por haber seguido hasta aquí la teleología socrática y la esencia argumentativa de Kierkegaard (2004):

Si alguien le hubiera preguntado por qué se comportaba así, habría respondido que no tenía tanto coraje como para arriesgarse en tal viaje de descubrimiento sin haber tenido asegurado tras de sí que Dios existía. Con la palabra de Dios lanza una especie de lazo para capturar la idea de intencionalidad final, ya que la naturaleza misma ingenia muchos espantajos y evasivas para confundir. (p. 56-57).

Conclusiones

A través de cuatro momentos argumentativos se buscó dilucidar la tesis, según la cual, Kierkegaard y Hegel tendrían un acercamiento y un análisis familiar sobre el asunto de la prueba ontológica o la demostración de la existencia de Dios. 1) En el primer momento, Kierkegaard y Hegel fueron vinculados bajo la idea de que, para demostrar la existencia de Dios, o Dios existe, o debe saberse que existe, para poder iniciar la demostración. 2) En el segundo momento, fueron vinculados por la tesis de que la conclusión está en las premisas, o por el hecho de que nada desconocido puede ser demostrado. 3) En el tercer momento, ambos volvieron a ratificar que el espíritu de la demostración consiste en quedar demostrada así haya más demostraciones por delante. En el cuarto momento, Kierkegaard y Hegel coincidieron en decir que la prueba teleológica es una auténtica demostración *a posteriori*, por tener demostrado a Dios antes de demostrarlo con la realización de la finalidad.

Al final, cuando se trata del terreno lógico de las demostraciones, Kierkegaard y Hegel desembocan juntamente a la posición del “saber que se sabe” y a “la demostración demostrada”. Lo cual contribuye a formar un pensamiento vinculante entre ambos pensadores más allá de la guerra que enfrentan cuando

se trata del existencialismo de Kierkegaard y del logicismo de Hegel. A la vez, contribuye a pensar que las críticas de Schelling sobre una posible filosofía crítica y negativa en Hegel, que con la pretensión de demostrar mantendría en suspenso la existencia inmediata de lo Absoluto, sería equivocada. A decir verdad, la demostración para Hegel consiste en saber que Dios existe antes de comenzar la demostración y no en suspender su existencia. Es la alegría del saber que desea saber que sabe o es la demostración demostrada.

Referências

- BIENENSTOCK M. 1995. Hegel's Conception of Teleology. In: GAVROGLU K., STACHEL. J., WARTOFSKY. MW (eds) *Ciencia, Mente y Arte*. Boston Studies in the Philosophy of Science, vol 165. Dordrecht: Springer.
- BRINKMANN K. 2011. Idealism Without Limits. *Philosophical Studies in Contemporary Culture* vol. 18, Springer Science+Business Media B.V.
- FINDLAY J.N. 1974. Reflexive Asymmetry: Hegel's Most Fundamental Methodological Ruse. In: WEISS, F.G. (ed). *Beyond Epistemology*. Dordrecht: Springer.
- HARRIS, E.E. 1974. Hegel and the Natural Sciences. In: WEISS, F.G. (ed). *Beyond Epistemology*. Dordrecht: Springer.
- HEGEL. 2015. *Ciencia de la lógica*. Trad. Félix Duque. Madrid: Abada Editores.
- HEGEL. 2010. *Fenomenología del espíritu*. Trad. Antonio Gómez Ramos. Madrid: Abada Editores.
- KIERKEGAARD, S. 2004. *Migajas filosóficas*. Trad. Rafael Larrañeta. Madrid, España: Editorial Trotta.
- WHITTAKER, J. 1979. Kierkegaard on Names, Concepts, and Proofs for God's Existence. *International Journal for Philosophy of Religion* vol. 10, nº 2, pp. 117-129. DOI: <https://doi.org/10.1007/bf00143160>

Resumo

O objetivo da reflexão é conseguir um contato assertivo entre Hegel e Kierkegaard, quando ambos analisam a tarefa demonstrativa com a prova ontológica da existência de Deus. Trata-se de aproveitar que Kierkegaard reflete um pouco sobre a lógica do

pensamento nas *Migalhas filosóficas*, para buscar um acordo com Hegel nessas áreas, além dos confrontos habituais entre o “existencialismo” de um e o “logicismo” do outro. Ao longo de quatro séries ou eixos argumentativos, ambos os autores, em seus respectivos modos, analisarão detalhes da prova ontológica da existência de Deus e, na minha opinião, se familiarizarão com a mesma ideia, segundo a qual: a demonstração da existência de Deus começa demonstrada. Basicamente, eles chegarão ao dilema socrático-platônico da reminiscência ou de “saber que você sabe”.

Palavras-chave: Kierkegaard, Hegel, prova ontológica, existência de Deus, demonstrações.

Abstract

The objective of the reflection is to achieve an assertive contact between Hegel and Kierkegaard, when both analyze the demonstrative task with the ontological proof of the existence of God. It is about taking advantage that Kierkegaard reflects a little on the logic of thought in Philosophical fragments, to seek an agreement with Hegel in these areas, beyond the usual confrontations between the “existentialism” of one and the “logicism” of the other. Throughout four series or argumentative axes, both authors, in their respective modes, will analyze details of the ontological proof of the existence of God and, in my opinion, will become familiar under the same idea, according to which: the demonstration of the existence of God begins demonstrated. Basically, they will arrive at the Socratic-Platonic dilemma of reminiscence or of “knowing that you know”.

Keywords: Kierkegaard, Hegel, ontological proof, existence of God, demonstrations.

Resumen

El objetivo de la reflexión es lograr un contacto asertivo entre Hegel y Kierkegaard, cuando ambos analizan el quehacer demostrativo con la prueba ontológica de la existencia de Dios. Se trata de aprovechar que Kierkegaard reflexiona un poco sobre la lógica del pensamiento en Migajas filosóficas, para buscar un acuerdo con Hegel en estos terrenos, más allá de las confrontaciones habituales entre el “existencialismo” de uno y el “logicismo” del otro. A lo largo de cuatro series o ejes argumentativos, ambos autores, en sus respectivos modos, analizarán detalles de la prueba ontológica de la existencia de Dios y, a mí parecer, se familiarizarán bajo una misma idea, según la cual: la demostración de la existencia de Dios comienza demostrada. Básicamente, llegarán al dilema socrático-platónico de la reminiscencia o del “saber que sabe”.

Palabras clave: Kierkegaard, Hegel, prueba ontológica, existencia de Dios, demostraciones.